



Ni una sola línea de felicidad

Ni una sola línea de felicidad

NATALIO BLANCO | 2/2/2016

No se vanagloria por ello, pero el gijonés Pablo Rivero, que antes que escritor ha sido camarero, ayudante de albañil, descargador del astillero, reciclador de cartuchos de tinta, almacenista, docente, músico y letrista de algunos grupos *underground* sabe que de su literatura brotan a borbotones líneas y líneas de dolor y desolación, una realidad tan apocalíptica como circundante y cercana. *Érase una vez el fin* (Anagrama) es un cuento redondo, y sin moraleja. ¿Para qué?

¿Cree que la crítica situación de la realidad sociopolítica de los últimos años marcada por la crisis ha generado esa buena literatura que se le presupone a los tiempos catárticos como estos que vivimos?

Bueno, siempre se ha dicho que los cambios de siglo y los periodos convulsos sirven de acicate para remover conciencias, y la historia así lo confirma con los movimientos culturales que han surgido en dichos momentos. En mi caso suponen un decorado fantástico para las historias que cuento, aunque en este supuesto, y aunque algo se presentía, escribí el relato justo antes del estallido. De cualquier manera la crisis y sus consecuencias son una fábrica fabulosa de desolación y patetismo, basta con ver un telediario.

Su literatura visceral la enclavó Kiko Amat en el grupo de "literatura de barrio DC (después de Casavella). ¿Se siente a gusto en él o navega en otros márgenes creativos?

Me encuentro muy cómodo en el extrarradio y la barriada, son mi hábitat literario por naturaleza, aunque claro, eso no significa que siempre vaya a escribir sobre la marginalidad. Aprovechando la pregunta, quiero dejar también claro que no soy el protagonista de mis novelas, ni aparezco en ellas, ya que lamentablemente sigue habiendo gente que confunde realidad y ficción literaria.

¿Hay posibilidad de redención en este ambiente sumamente hostil?

La respuesta es contundentemente negativa. Ninguno de mis personajes se redime. Ninguno de mis personajes pide perdón. Todos asumen casi por completo su destino y no hay, creo, ni una sola línea de felicidad en todo lo que escribo.

El título y la primera frase de su novela no pueden ser más apocalípticos. ¿O sí? ¿Por qué?

En realidad el título de la novela no iba a ser ese. El que yo tenía dispuesto no causó demasiado feedback en la editorial y decidimos cambiarlo. No tenía nada claro cuál sería su sustituto hasta que una noche en que le empezaba a leer un cuento a mi hijo se me ocurrió que podría ser ese, "como un cuento" pensé, un cuento para adultos. Y sí, casi todos los cuentos tienen algo arcano y apocalíptico. Respecto a la primera frase, no la recuerdo pero me gusta que sea bastante lapidaria.

El Gijón que usted delinea para este pianista alcoholizado que protagoniza la novela es tan tenebroso como su futuro y su presente. ¿Es buscada la angustia que crea en el lector o le sale así, de forma rabiosa, para lanzar algún mensaje en una botella?

No concibo mi escritura como medio para enviar mensajes porque un mismo mensaje puede ser recibido e interpretado de formas totalmente opuestas según el lector que lo reciba, de

modo que si mis pretensiones fueran esas me estaría adentrando en terrenos farragosos. Yo simplemente cuento cosas y que cada uno obtenga sus propias conclusiones.

Respecto a Gijón, tengo que aclarar que no tiene por qué ser igual el Gijón donde yo vivo al Gijón donde se desarrollan mis relatos, a veces coincide y otras no. Yo me sirvo de mi ciudad y de su nombre lo mismo que otros lo hacen con Nueva York o Madrid u otras ciudades a las que la gente les ha atribuido el título de muy novelables.

¿Qué paralelismos guardan su inagotable y diverso currículum vitae con la temática sobre los márgenes sociales que ha recreado en sus obras literarias?

En fin, como dice la solapa del libro, el haber desempeñado muchos trabajos me ha permitido conocer gente de muchas condiciones y estratos sociales, por lo tanto mi currículum es otra herramienta más de la que dispongo y que suelo aprovechar. He sido observador pasivo de muchas realidades, he oído a muchos hombres presumir, contar bravuconadas. He visto cómo se comporta la gente según las circunstancias, es un trabajo de campo muy útil e interesante...

<http://www.esquire.es/actualizacion/6975/ni-una-sola-linea-de-felicidad>